

merecen. Y aunque la ambición te ciegue, todo el mundo, testigo de tu iniquidad, te hará abrir los ojos; te los hará abrir Dios, si detesta el perjurio, la fe violada y la traición; si, como ha hecho hasta ahora con algún designio providencial, se muestra enemigo de los malvados.

»No te prometas, pues, segura la victoria, porque la justa ira de Dios la impedirá, y estamos resueltos á defender hasta morir nuestra libertad: cuando no podamos defenderla, antes nos someteremos á cualquier otro príncipe que á ti. Y si nuestros pecados fueran tales que, contra todo nuestro deseo, cayéramos en tus manos, ten por cierto que el reinado que tú empieces con engaño é infamia, acabará en ti ó en tus hijos con daño y vituperio.»

XXI. El conde Sforza, aunque se sintiera ofendido en todos conceptos por los milaneses, sin mostrar en sus palabras ni en su semblante alteración extraordinaria, respondió que de buen grado atribuía al estado iracundo de sus ánimos las graves injurias de sus impremeditadas frases, á las que contestaría particularmente, de estar ante alguno que debiera ser juez en esta cuestión, para que se viera que no había ofendido á los milaneses, sino precavido sus ofensas, porque bien sabían de qué modo se condujeron después de la victoria de Caravaggio; cuando en vez de premiarle con Verona y Brescia, procuraban hacer la paz con los venecianos, á fin de que sobre él cayeran las culpas de la enemistad, y para ellos fuera el fruto de la victoria, el mérito de la paz y las ventajas conseguidas en esta guerra. De suerte que no podían quejarse de que se adelantara él á hacer la paz que ellos intentaban ajustar; y de tardar él en convenirla, tendría ahora que acusar á los milaneses de la ingratitude que

le echaban en cara; que si esto era ó no cierto, lo demostraría, con el fin de la guerra, el mismo Dios, á quien ellos apelaban para ser vengador de sus ofensas, y que sabía quiénes eran sus amigos y quiénes defendían mayor justicia.

Cuando partieron los embajadores, preparóse Sforza á atacar á los milaneses, y éstos se dispusieron á la defensa, con ayuda de Francisco y Jacobo Piccinino que, por la antigua rivalidad entre los ejércitos de Braccio y de Sforza, permanecieron fieles á los milaneses. Estos pensaron defender su libertad, al menos hasta que pudieran separar á los venecianos del Conde, cuya alianza y amistad no creían fuese muy duradera.

Por otra parte, Sforza, que comprendía lo mismo, juzgó atinado, para cuando el compromiso no bastara, mantener por el interés la alianza de los venecianos, y por ello, al convenir las operaciones de la guerra, consintió que éstos atacaran á Crema, mientras él con sus tropas ocupaba el resto del Ducado. Dicho convenio cegó la prudencia de los venecianos, durando tanto su alianza con el Conde, que éste ocupó todo el Estado de Milán y estrechó á la capital de tal suerte, que de nada podía proveerse.

Desesperados los milaneses de cualquier otro socorro, enviaron embajadores para rogar á los venecianos que se compadecieran de su situación, y que, según costumbre de las repúblicas, tuvieran á bien favorecer su libertad y no á un tirano que, si lograba enseñorearse de aquella ciudad, no podrían reprimir; añadían que no creyeran se contentase Sforza con las condiciones estipuladas, pues reclamaría pronto los antiguos límites del Ducado.

Aun no se habían apoderado los venecianos de Crema,

y, queriendo tomarla antes de cambiar de partido, respondieron públicamente no poder ayudarles, por el convenio hecho con el Conde; pero privadamente les dieron á entender que podían contar con su alianza y hacerlo esperar á sus conciudadanos.

XXII. Estaba ya el Conde con su ejército tan inmediato á Milán, que combatía los barrios extramuros, cuando los venecianos, poseedores ya de Crema, juzgaron oportuno no diferir su alianza con los milaneses, con quienes hicieron un tratado, prometiendo en los primeros artículos del mismo defender la libertad de Milán. Inmediatamente después ordenaron á las tropas suyas, que estaban con el Conde, dejar el campamento de éste, y retirarse á las posesiones venecianas.

También dieron cuenta al Conde de la paz hecha con los milaneses, ofreciéndole el término de veinte días para aceptarla.

No admiró al Conde lo hecho por los venecianos, pues de mucho tiempo atrás lo tenía previsto y esperaba ocurriese cualquier día. Sin embargo, no por ello dejó de dolerse, sintiendo el mismo disgusto que habían tenido los milaneses cuando él les abandonó. Tardó dos días en contestar á los embajadores venecianos que habían ido á notificarle el acuerdo, y en este tiempo determinó entretener á los venecianos y no abandonar la empresa, para lo cual decía públicamente que aceptaba la paz, enviando embajadores á Venecia con amplias facultades para ratificarla, pero encargándoles privadamente que en modo alguno lo hicieran, sino que, inventando dificultades, difiriesen el firmarla. Y para que los venecianos creyesen que decía la verdad, pactó tregua con los milaneses por un mes, se apartó de Milán, y puso su ejército dividido

en alojamientos en los lugares que alrededor de aquella capital había ocupado.

Esta determinación fué causa de la ruina de los milaneses y de la victoria de Sforza, porque, confiando los venecianos en la paz, procedieron con lentitud en las provisiones de la guerra, y fiando los milaneses en la tregua, viendo apartado al enemigo y aliados á los venecianos, creyeron que Sforza abandonaba por completo la empresa. Esta creencia les perjudicó en dos sentidos: uno, porque descuidaron los medios de defensa; y otro, porque, libre el país de enemigos y siendo la época de la siembra, sembraron mucho grano, con lo cual pudo Sforza más pronto sitiárlas por hambre. Todas estas cosas que perjudicaban á sus enemigos, le eran útiles, y la tregua le permitió dar descanso á su ejército y proveerse de refuerzos.

XXIII. En esta guerra de Lombardia los florentinos no se habían declarado partidarios de ninguno de los contendientes, ni habían prestado auxilio á Sforza cuando defendía á los milaneses, ni después, porque el Conde, que no tuvo necesidad de él, tampoco había hecho instancia alguna por que se lo prestaran. Sólo después de la derrota de Carayaggio y, por las obligaciones que la alianza les imponía, dieron auxilio á los venecianos.

Pero cuando Sforza quedó sólo, no sabiendo á quién recurrir, vióse obligado á pedir ayuda á los florentinos, públicamente al Estado de Florencia, y privadamente á los amigos, sobre todo á Cosme de Médicis, con quien siempre había tenido amistad y que, en todas sus empresas, le había aconsejado lealmente y auxiliado con esplendidez.

No le abandonó Cosme en este apuro, pues, como par-

ticular, le entregó gruesas cantidades de dinero, animándole á continuar la empresa. También procuró que el gobierno florentino le ayudara; pero éste tropezaba con dificultades.

Era en Florencia potentísimo Neri de Gino Capponi (1449), á quien no parecía beneficioso para su patria que Sforza ocupara á Milán, y creía más conveniente para la tranquilidad de Italia la ratificación de la paz por el Conde, que la continuación de la guerra.

Primeramente temía que los milaneses, por su indignación contra Sforza, se entregaran completamente á los venecianos, lo cual sería ruinoso para todos, y después, si Sforza lograba apoderarse de Milán, pareciale que, unidos tanto ejército y Estado tan importante, llegarían á ser formidables, y si el conde Sforza era ya por su ambición insufrible, lo sería mucho más al convertirse en Duque de Milán. Por todo esto aseguraba que lo mejor para la república de Florencia y para Italia era que el Conde quedara con su fama de general y se dividiera la Lombardía en dos repúblicas, las cuales jamás se unirían para atacar á sus vecinos y, separadamente, no podrían ofenderles. Para conseguir esto, lo mejor era no auxiliar al Conde, y mantener la antigua alianza con los venecianos.

Los partidarios de Cosme de Médicis rechazaban estos argumentos, por creer que los consejos de Neri no eran por el bien de la República, sino porque, siendo Sforza amigo de Médicis, no quería que llegara á ser duque de Milán, para impedir que Cosme fuera sobradamente poderoso.

Por su parte, Cosme de Médicis mostraba, con razones, que el ayudar al Conde sería para Florencia y para

Italia utilísimo, porque no era acertado creer que los milaneses pudieran vivir en república, pues sus inclinaciones, su manera de vivir, los partidos que de antiguo dividían la ciudad, eran contrarios á la forma de gobierno republicana; de suerte que precisamente, ó el Conde llegaba á ser Duque de Milán, ó los venecianos dueños de este Ducado; y en tal alternativa nadie era tan ciego que dudara de cuál era el mejor partido, entre tener por vecino un amigo ó un enemigo poderoso.

No creía en la sospecha de que los milaneses, por su guerra con Sforza, se sometieran á los venecianos, porque el Conde tenía partidarios dentro de Milán, y éstos no; de suerte que, si no podían defenderse como libres, antes se someterían al Conde que á Venecia.

Esta diversidad de opiniones mantuvo indeciso al gobierno florentino, y al fin determinó enviar embajadores al Conde para tratar de la forma del acuerdo, recomendándoles, si le hallaban con fuerzas para poder esperar que triunfase, hacer el tratado, y si no, alargar las negociaciones y diferirlo.

XXIV (1450). Encontrábanse estos embajadores en Reggio, cuando supieron que el Conde era ya Señor de Milán porque, al terminar la tregua, sitió con su ejército la ciudad, esperando tomarla en breve, á despecho de los venecianos, porque éstos no la podían socorrer sino por la parte del río Adda, paso que fácilmente cerraría. Por estar en el rigor del invierno no temía que los venecianos fueran á guerrear contra él, y esperaba conseguir la victoria antes de la primavera, sobre todo habiendo muerto Francisco Piccinino y quedando su hermano Jacobo como general de los milaneses.

Los venecianos enviaron embajadores á Milán para

animar á los ciudadanos á la defensa, prometiéndoles grande y pronto socorro.

Hubo durante el invierno, entre las tropas venecianas y las de Sforza, algunos combates de escasa importancia; pero, al llegar el buen tiempo, el ejército veneciano, á las órdenes de Pandolfo Malatesta, estaba á orillas del Adda. Deliberóse allí si, para socorrer á Milán, debían atacar al Conde y arriesgar la fortuna de una batalla. Malatesta opinó que, conocido el valor del Conde y de su ejército, era muy peligroso este partido, y creyó que, sin pelear, se podía vencer seguramente, porque la falta de víveres y forrajes obligarian á Sforza á marcharse. Aconsejó, por tanto, permanecer en aquel alojamiento para dar esperanzas de socorro á los milaneses y evitar que, por desaliento, se entregaran al Conde.

Aprobaron esta determinación los venecianos, por creerla segura y por esperar que, teniendo á los milaneses en aquel apuro, veríanse precisados á someterse á su dominio; suponiendo que jamás se entregarían al Conde, á causa de las ofensas que de él habían recibido.

Entretanto, los milaneses habían llegado á extrema miseria. Los pobres, que en esta ciudad abundan siempre, moríanse de hambre por las calles. Suscitábanse murmuraciones y quejas en distintos puntos de la ciudad, causando gran temor á los magistrados, que procuraban por todos los medios evitar los tumultos.

Es difícil inducir á la multitud á las revueltas; pero cuando está dispuesta á ellas, el menor accidente las suscita. Dos hombres de escasa posición social hablaban junto á la Puerta Nueva de las calamidades de la ciudad, de la miseria y de los medios de conjurarlas. Reuniéronse á ellos otros, hasta formar un grupo numeroso.

Corrió la noticia por la ciudad de que en la Puerta Nueva se habían sublevado contra los magistrados; y la multitud, que esperaba cualquier excitación, acudió á las armas. Nombraron los amotinados jefe á Gaspar de Vicomercato, y fueron á donde estaban reunidos los magistrados, atacándoles con tal violencia que, los que no pudieron huir, fueron muertos, entre éstos Leonardo Veniero, embajador veneciano, á quien consideraban causa del hambre y la miseria.

Quedaron los amotinados dueños de la ciudad y deliberaron acerca de lo que convenia hacer para salir de tantos trabajos y disfrutar de algún descanso. Todos convenían en que, no pudiendo subsistir la forma republicana, convenia someterse á la dominación de un príncipe que les defendiera. Unos querían por Señor al rey Alfonso, otros al duque de Saboya, otros al rey de Francia. Ninguno nombró á Sforza. ¡Tan grande era la indignación que aun sentían contra él!

No pudiendo ponerse de acuerdo acerca del príncipe que habia de ser su Señor, Gaspar Vicomercato fué el primero que nombró al Conde y demostró, en largo discurso que, queriéndose quitar la guerra de encima, el único recurso era llamar á Sforza, porque el pueblo de Milán necesitaba pronta y segura paz, no larga esperanza de futuro socorro. Procuró excusar la conducta del Conde y acusó á los venecianos y á todos los demás príncipes de Italia de no haber querido, unos por ambición y otros por avaricia, que los milaneses vivieran libres. Puesto que necesitaban hacer el sacrificio de la libertad, debían ponerla en manos de quien supiese y pudiera defenderla, para que al menos la servidumbre produjera la paz y no mayores daños y guerra más peligrosa.

Oyéronle con profunda atención, y terminado su discurso, gritaron que llamaran á Sforza, nombrando á Vicomercato embajador para decirsele. Por mandato del pueblo fué en busca del Conde, dándole tan satisfactoria noticia, que Sforza oyó alegremente; y entrando en Milán como soberano el 26 de Febrero de 1450, con grande y maravillosa alegría le recibieron los mismos que poco antes con tanto odio le habían infamado.

XXV. Al llegar á Florencia la noticia de este suceso, dieron órdenes á los embajadores florentinos, que estaban en camino, para que, en vez de ir á negociar tratado con el conde Sforza, fueran á felicitar á Sforza, duque de Milán.

Recibió el Duque con mucho agasajo á los embajadores y les colmó de honores, porque sabía bien que, contra el poder de los venecianos no tendría en Italia amigos más fieles y resueltos que los florentinos, quienes, después ya el temor á la casa Visconti, comprendían á su vez la necesidad de combatir contra el rey Alfonso y los venecianos, porque aquél era su enemigo á causa de la amistad que Florencia tuvo siempre con la Casa de Francia, y éstos tendrían ahora á Sforza el mismo temor que tuvieron antes á los Visconti, de suerte que, conocida la tenacidad con que persiguieron á éstos, esperaba hicieran lo mismo con Sforza.

Buscaban, pues, todos los medios de aminorar el poder de Venecia, y por ello el nuevo Duque estrechó fácilmente su amistad con los florentinos, mientras los venecianos se ponían de acuerdo con el rey de Nápoles contra los comunes enemigos, obligándose á mover sus ejércitos al mismo tiempo, atacando el Rey á los florentinos y los venecianos al Duque, que, en opinión de

aquéllos, por lo reciente de su elevación al mando del Estado de Milán, ni con sus fuerzas propias ni con las de sus aliados podría sostenerse.

Pero duraba la alianza entre florentinos y venecianos, y el Rey, después de la guerra de Piombino, había hecho la paz con aquéllos, no juzgando oportuno quebrantarla si no había motivo que justificara la guerra (1451). Por esto los venecianos y Alfonso enviaron embajadores á Florencia que, á nombre de sus respectivos gobiernos, declararon haber hecho alianza, no para ofender á otros, sino para defensa de sus propios Estados.

Quejáronse después los venecianos de que los florentinos habían permitido el paso á Alejandro, hermano del Duque, por la Lunigiana, para ir con tropas á la Lombardia, y además, de que habían sido autores y consejeros del acuerdo del Duque con el marqués de Mantua, cosas ambas que aseguraban ser contrarias á Venecia y á la amistad existente entre venecianos y florentinos. Recordaban, por tanto, benévolutamente que, quien ofende sin motivo, provoca á que con razón le ofendan, y quien quebranta la paz, debe esperar la guerra.

La Señoría encargó á Cosme de Médicis responder á estos cargos, quien, en largo y hábil discurso, enumeró los beneficios hechos por Florencia á la República veneciana, mostró el poder que ésta había adquirido con el dinero, los soldados y los consejos de los florentinos, y recordó que, habiendo sido los florentinos iniciadores de la amistad con los venecianos, no lo serían de la enemistad y, amantes siempre de la paz, celebraban el acuerdo hecho entre ellos, puesto que para la paz y no la guerra lo habían ajustado. Añadió que en verdad se maravillaba de las quejas expuestas, viendo que tan gran Re-

pública tomara en cuenta cosas tan ligeras y vanas; pero aunque fueran dignas de consideración, sólo probarían que el paso por su República era libre y estaba abierto á todo el mundo, y que el duque de Milán era tan poderoso, que no necesitaba consejos ni favores para trabar amistad con el marqués de Mantua; por todo lo cual sospechaba que las quejas encerrarán algún veneno oculto, y que, en cualquier eventualidad, fácilmente harían saber á todos que la amistad de los florentinos era tan útil, como dañosa su enemistad.

XXVI. Este altercado no tuvo por entonces consecuencias, y pareció que los Embajadores se retiraban satisfechos. Sin embargo, la alianza y el comportamiento de los venecianos y del rey de Nápoles, más bien hacían temer á los florentinos y al duque de Milán próxima guerra, que confiar en la continuación de la paz. Por tanto, los florentinos pactaron alianza con el Duque y, mientras tanto, quedó de manifiesto la mala voluntad de los venecianos, porque hicieron liga con los de Siena, y expulsaron de sus dominios á todos los florentinos y súbditos de esta República, haciendo lo mismo al poco tiempo el rey Alfonso, sin consideración ninguna á la paz que el año anterior habían pactado, y sin razón ni pretexto para ello.

Procuraron los venecianos atraerse á los de Bolonia y, armando á los desterrados de aquella ciudad, y con bastantes soldados, entraron de noche en ella por las cloacas. No fueron descubiertos hasta que dieron los primeros gritos. Santi Bentivoglio levantóse inmediatamente, y supo que toda la ciudad estaba ocupada por los rebeldes. Aunque le aconsejaron muchos que salvara su vida con la fuga, puesto que, quedándose, no po-

día salvar la población, quiso, sin embargo, hacer frente á la mala fortuna y, empuñando las armas, animó á los suyos. Poniéndose al frente de algunos amigos, atacó y derrotó á los rebeldes, matando á muchos y arrojando de la ciudad á los demás. En vista de ello juzgaron todos que había dado prueba indudable de ser de la raza de los Bentivogli.

Estos sucesos produjeron en Florencia el convencimiento de la futura guerra, y por ello acudieron á sus antiguos y constantes medios de defensa. Crearon la magistratura de los Diez, tomaron á sueldo nuevas tropas, y enviaron embajadores á Roma, Nápoles, Venecia, Milán y Siena, para pedir ayuda á los amigos, averiguar los intentos de los sospechosos, ganarse los dudosos, y descubrir los proyectos de los enemigos.

Del Papa sólo obtuvieron frases vagas, buena disposición y consejos de paz. Del Rey vanas excusas por haber expulsado á los florentinos, ofreciendo dar salvoconducto á quien lo pidiera, y aunque cuidadosamente ocultó sus proyectos de nueva guerra, sin embargo los embajadores conocieron sus intenciones y descubrieron muchos de sus preparativos para atacar á la República florentina. La alianza con Sforza la estrecharon con nuevas obligaciones, y, por su intervención, se pactó un tratado de amistad con los genoveses, terminando las cuestiones antiguas con esta República por represalias y otros asuntos, aunque los venecianos apelaron á diferentes medios para impedirlo, acudiendo, además, al Emperador de Constantinopla para que expulsara de su imperio á los florentinos (tanto era el rencor con que emprendían esta guerra, y tanto podía en ellos la ambición de dominar, que, sin consideración alguna, deseaban des-

truir al pueblo que había sido principal origen de su grandeza); pero el Emperador no atendió su petición.

El Senado de Venecia prohibió á los embajadores florentinos entrar en el territorio de aquella República, alegando que, por su alianza con el rey de Nápoles, no podían, sin participación de éste, oírles.

Los de Siena recibieron amablemente á los embajadores, temiendo que los florentinos les derrotaran antes de que la Liga pudiera defenderles. Por ello procuraron adormecer la fuerza que no podían resistir.

Quisieron los venecianos y el rey Alfonso, según se creyó entonces, enviar embajadores á Florencia para justificar la guerra; pero los florentinos prohibieron á los de Venecia entrar en su territorio y, no queriendo los del Rey ir solos, quedó sin realizar aquella embajada. Con esto conocieron los venecianos que Florencia no temía tratarles de igual modo que ellos habían tratado á los embajadores florentinos.

XXVII. En medio del temor que estos movimientos inspiraban, el emperador Federico III vino á Italia á coronarse, y el 30 de Enero de 1451 entró en Florencia con mil quinientos caballos, recibéndole la Señoría con grandes honras. Permaneció en esta ciudad hasta el 6 de Febrero, en que se trasladó á Roma para la coronación. Coronado solemnemente y celebrada la boda con la Emperatriz, que por mar había ido á Roma, volvió á Alemania, y en Mayo pasó de vuelta por Florencia, donde e hicieron los mismos honores que á la ida. Entonces ue cuando, en recompensa de los servicios que le había prestado el marqués de Ferrara, concedió á éste Módena y Reggio.

No dejaron, entretanto, los florentinos de prepararse

á la guerra inminente, y para mayor crédito suyo y temor del enemigo, ellos y el duque de Milán hicieron liga con el rey de Francia para defensa de sus Estados, cosa que, con grande alegría y solemnidad, publicaron en toda Italia.

Había llegado el mes de Mayo del año 1452 cuando á los venecianos pareció oportuno el momento de romper las hostilidades contra el duque de Milán, y con diez y seis mil caballos y seis mil infantes acometieron por la parte de Lodi.

Al mismo tiempo, el marqués de Monferrato, ó por propia ambición, ó por sugerencias de los venecianos, le atacó también por la parte de Alejandría.

El Duque había reunido diez y ocho mil caballos y tres mil infantes, y después de proveer de tropas Alejandría y Lodi, y todas las demás plazas que podía atacar el enemigo, invadió con su ejército el territorio de Brescia, haciendo grandísimo daño á los venecianos. Las tropas de ambas partes arrasaban los campos y saqueaban los pueblos indefensos.

Derrotado el marqués de Monferrato en Alejandría por las tropas del Duque, pudo éste disponer de mayores fuerzas contra los venecianos é invadir su territorio.

XXVIII. Mientras la guerra continuaba en Lombardia con varios sucesos poco dignos de memoria, empezó en Toscana, entre el rey Alfonso y los florentinos, no ofreciendo, ni mayores pruebas de valor y pericia, ni mayores peligros que la de Lombardia.

Vino á Toscana Fernando, hijo ilegítimo de Alfonso, con doce mil soldados, al mando de Federico, Señor de Urbino. Su primera empresa fué atacar á Fojano en Val de Chiana porque, contando con la amistad de los siene-

ses, entraron por aquella parte en el territorio florentino. Era este castillo débil de muros, pequeño, y por tanto, con escasa guarnición, pero, para aquellos tiempos, valerosa y fiel. Constaba de doscientos soldados, enviados por la Señoría para guardar aquel punto. Junto á este castillo acampó Fernando, y fué tanto el valor de los de dentro, ó tan poco el de los suyos, que tardó treinta y seis días en apoderarse de la fortaleza, durante los cuales tuvo tiempo el gobierno florentino para guarnecer los puntos más en peligro, reunir todas sus fuerzas y disponerlas á la defensa.

Tomado el castillo de Fojano, pasaron los enemigos al Chianti, donde no pudieron tomar dos pequeños castillos defendidos por sus habitantes y, saliendo de aquella comarca, acamparon junto á la Castellina, castillo situado en los confines de Chianti, á diez millas de Siena, débil de defensa y debilísimo por su situación; pero ambas debilidades no superaban á la del ejército que lo atacó, porque, después de cuarenta y cuatro días que estuvo combatiéndolo, se retiró vergonzosamente.

Tan poco formidables eran entonces los ejércitos, y tan poco peligrosa la guerra, que poblaciones que hoy se abandonan por la imposibilidad de defenderlas, considerábanse entonces inexpugnables.

Mientras Fernando estuvo acampado en Chianti, hizo bastantes correrías y presas en el Florentino, llegando hasta á seis millas de Florencia, con bastante daño y temor de los habitantes de esta ciudad.

Éstos habían concentrado su ejército de ocho mil hombres al mando de Astorre de Faenza y de Gismondo Malatesta hacia el castillo de Colle, teniéndolo apartado del enemigo por temor á dar la batalla, porque creían

que, no corriendo éste peligro, estaban seguros del resultado de la guerra, á causa de que los pequeños castillos que perdiesen, con la paz los recuperarían. De las plazas fuertes estaban seguros, por saber que el enemigo no era capaz de tomarlas.

Tenía, además, el Rey una armada de cerca de veinte barcos, entre galeras y fustas, en las aguas de Pisa y, mientras por tierra atacaba la Castellina, atacó por mar el castillo de Vada, tomándolo por negligencia de su gobernador. Desde este castillo el enemigo hacía correrías por la comarca inmediata; pero pronto se puso remedio á ellas, enviando algunos soldados de Campiglia, que impidieron al enemigo apartarse de la orilla del mar.

XXIX. El Pontífice no se mezclaba en esta guerra, sino para tratar de poner de acuerdo á los contendientes; pero si se abstuvo de la guerra exterior, tóvola en el interior más peligrosa.

Vivía entonces maese Esteban Porcari, ciudadano romano, ilustre por su origen, sus conocimientos y sobre todo por la elevación de su carácter. Deseaba, como desean todos los hombres que apetecen fama, hacer ó proyectar al menos algo digno de memoria, y juzgó no poder intentar otra cosa que el librar á su patria de manos del clero y restablecer el antiguo régimen, esperando, si lo conseguía, ser llamado nuevo fundador y segundo padre de Roma.

Infundíanle esperanza de buen éxito las malas costumbres del clero y lo descontentos que estaban los barones y el pueblo; pero sobre todo los versos de Petrarca en la canción que empieza: *Spirto gentil che quelle membra reggi*, donde dice:



*Sopra il monte Tarpeo, Canzon, vedrai  
Un cavalier ch' Italia tutta onora,  
Pensoso più d'altrui che di sè stesso (1).*

Sabía maese Esteban que muchas veces inspira á los poetas espíritu divino y profético, y juzgaba que le correspondía acometer la empresa profetizada por Petrarca en aquella canción, siendo el ejecutor de tan gloriosa empresa, por ser, en su concepto, por la elocuencia, el saber, el crédito y el número de amigos superior á los demás romanos.

Dominado por esta idea, no tuvo prudencia, y con palabras, gestiones y modo de vivir dió á conocer sus propósitos, hasta el punto de ser sospechoso al Pontífice, quien lo confinó á Bolonia, encargando al gobernador de esta ciudad que diariamente le hiciera comparecer á su presencia.

No asustó á Porcari esta primera contrariedad, y con mayor empeño prosiguió sus designios, gestionando cautelosamente con sus amigos, y yendo muchas veces á Roma, con tanta celeridad, que siempre volvía á Bolonia á tiempo de presentarse al gobernador á la hora fijada.

Cuando creyó contar con bastantes conjurados para realizar su intento, determinó ponerlo inmediatamente en práctica, encargando á sus amigos de Roma que, en un día determinado, prepararan espléndida cena, á la cual acudieran todos los conjurados, llevando cada cual

(1) Sobre la roca Tarpeya verás, Musa, un caballero á quien Italia entera honra; cuidadoso de sus conciudadanos más que de sí mismo.

Petrarca alude á Nicolás Rienzi.

sus amigos más fieles, y prometió estar con ellos antes de que la cena terminara. Hizose todo como lo había ordenado, y Porcari llegó á la casa donde se cenaba tan á tiempo, que antes de que la cena terminase, presentóse á los conjurados vestido con paño de oro, con collares y otros adornos que le daban aire majestuoso y solemne. Abrazáronle los conjurados, y él, en largo discurso, les animó para la gloriosa empresa. Dijo después lo que cada cual debía hacer. Á la mañana siguiente algunos de ellos debían ocupar el palacio del Papa y los otros distribuirse por Roma, llamando al pueblo á las armas.

Aquella misma noche llegó la conjuración á noticia del Pontífice, según unos por mala fe de algunos conjurados; según otros, porque se supo la vuelta á Roma de maese Porcari. Sea de ello lo que quiera, después de la cena fueron presos Porcari y la mayoría de sus compañeros, y condenados todos á muerte, como merecía su delito. Tal fué el fin de la conspiración de Porcari, cuyo intento acaso elogie alguno, pero nadie el propósito de realizarlo, porque tales empresas, aunque al idearlas tengan alguna sombra de gloria, al realizarlas producen siempre funestos resultados.

XXX. Duraba ya un año la guerra en Toscana (1453) y había llegado la estación para que se acuartelaran los ejércitos, cuando vino en socorro de los florentinos el señor Alejandro Sforza, hermano del duque de Milán, con dos mil caballos. Aumentado con este refuerzo su ejército y disminuido el del Rey, desearon los florentinos ir á recobrar lo que el enemigo les había quitado y, sin gran trabajo, recuperaron algunas plazas.

Atacaron en seguida á Fojano que, por negligencia de los Comisarios, fué saqueado, dispersándose los habitan-